ñosa. ¡Ah, hermanos míos! Los que gozáis la dicha de poseer una madre, ignoráis muchos secretos del dolor, y acaso no sabéis comprender bien hasta qué punto consuela á un corazón lacerado la dulce maternidad de María. Después vino otra hora de grandes aflicciones, en que Teresa se acogió bajo la protección de San José, Esposo de la Santísima Virgen; y cuando luego reflexionamos sobre la íntima unión de Teresa con Jesús, casi nos figuramos á esa mujer escogida como un hijo más en el amoroso seno de la Sacra Familia.

Los grandes genios se anuncian por sí solos, y desde muy temprano, al mundo; y la que había hecho tales cosas cuando niña, dejaba ver claramente que era un sér predestinado para mostrar á aquellas sociedades el camino de la inmortalidad. El soplo de los aquilones pudo pasar alguna vez sobre aquella flor delicada; mas sus ráfagas impuras no consiguieron dejar ninguna mancha grave en el alma de la casta doncella. «Yo daré en el retiro cedro, y espino y arrayán,» exclama con un Profeta (1), y la virgen de la tierra se convierte en la virgen de los claustros, donde la soledad florece como los lirios. Todavía llegaron algunas heladas brisas hasta aquella mansión solitaria; pero la planta misteriosa crecía bajo el amparo del Cielo en el invernáculo santo. El temor de Dios, Señores, penetrando en el corazón de San Agustín, pro-

(1) Isai., XLI, 19.

dujo en él la verdadera ciencia: las *Confesiones* de San Agustín, penetrando en el espíritu de Teresa, afirman en ella el temor de Dios, esa gran *ciencia del alma* que haría brillar con vivísimos fulgores las luces de su sabiduría.

Y no es, por cierto, que Teresa de Jesús se haya lanzado ávidamente en busca de la ciencia; no es que haya querido asistir á las lecciones ni á las Academias de los sabios. Ella ha descubierto un camino más breve y más seguro para lograr su objeto. Ha acudido á Jesucristo, y le ha dicho como la mujer del Pozo de Sichar (1): «Señor, dame de tu agua;» dame ¡oh Dios mío! donde yo pueda aprender tu ley, á la vez que tu amor. Y Jesucristo le responde: «Yo te daré un libro vivo» (2); y este libro era el mismo Jesucristo, y Teresa le ha estudiado sin cesar, y ha llorado sobre él, y sobre él ha sonreído, hasta tocar en aquella cúspide altísima donde se confunden por alta manera estos conceptos, *caridad*, *gozo*, *deliquio*, *delirio*, como se confunden estas palabras que tan adecuadamente los expresan, *cor amantis, cor amentis;* hasta beber en la fuente, en el nacimiento mismo del amor, fuente libre y abierta para todas las almas, libre y abierta como la luz, como el viento, como la flor del campo, como las ondas del Océano; pero donde los corazones puros ó arrepentidos beben y aspi-

(1) Joann., IV, 15.
(2) Libro de su Vida, cap. XXVI.

ran, y se fortalecen y se sacian, llegando á transfigurarse y á idealizarse por la fuerza de la virtud y de la gracia.

Sería imposible, Señores, para quien no se hallase inspirado como Teresa de Jesús, describir aquella guerra de amor, según ella misma la nombra, y que presenta todos los caracteres y las alternativas de tal. Ya es Teresa la Esposa correspondida del Cantar de los Cantares, «que padece con el exceso mismo de la felicidad, pero de cuyo mal, dice, el alma querría estar muriendo siempre» (1): ya es la mujer desconsolada que recorre las plazas y las calles preguntando á las gentes si han visto al que su pecho adora (2). Aquella herida que abrió el Serafín en el corazón de Teresa con la punta de oro del arpón de fuego, se ensancha más y más, y se hace cada dia más profunda. Teresa de Jesús es como la mariposa, que busca la luz que la consume: ella quiere abrasarse en el amor de Jesucristo, y si esa luz se le esconde, la buscará otra vez, la buscará cien veces, la buscará siempre, hasta lograr su objeto.

La tierra le parece estrecha para contener la inmensidad de su amor, y exhalando dulcísimos ayes, se queja de esta suerte: «¡Ay de mí, ay de »mí, Señor, que es muy grande este destierro, »y pásase con grandes penalidades del deseo de mi

(1) Conceptos del Amor de Dios.
(2) Cant., III, 3.

»Dios! ¡Oh, Jesús mío, qué larga es la vida del »hombre, aunque se dice que es breve! ¡Breve es, »mi Dios, para ganar con ella una vida que no se »puede acabar; pero muy larga para el alma que »desea verse en presencia de su Dios!» (1). ¡Ah! decidme, hermanos míos, si no es este el trino de la alondra que canta en las alturas, sin que la vista alcance á divisarla.

Pero ¿á dónde voy yo para hablar de la sabiduría de Teresa de Jesús? Me he dejado insensiblemente llevar de la admiración y el entusiasmo que me inspira tan mística ternura. Mas hé aquí mi excusa: había escrito San Bernardo estas inimitables palabras: «El hombre entiende en proporción de lo que ama» (2); y yo creía probar que amando tanto Teresa, que casi pasaba su vida con Jesús, su sabiduría debía correr parejas con su amor.

Y, en efecto, la ciencia de Teresa era tan abundante y tan pura como la fuente de donde manaba. Seguidla, si os es posible, en las elevaciones de su espíritu; contempladla en sus oraciones y sus éxtasis, esos estados dichosísimos en los que el hombre, como escribía San Agustín, adquiere alas de ángel, en los que se revela á la inteligencia lo que los demás sabios ignoran; donde, quedando el

(1) Exclamaciones, XV.
(2) Quantum quisque diligit tantum intelligit. — *In Cantic.*

cuerpo en la tierra, viviendo del sol y del aire, lánzase el alma en los espacios para unirse con su Dios, apoderándose la mente de los secretos de toda sana ciencia, mucho mejor que en ningún libro ni en ningún estudio humano. ¡Oh tú, celda severa de Teresa de Jesús! déjanos entrever algo de esos cuadros de amor que presenciaste. Tu recinto se ensancha y tu techumbre desaparece, como para que se comunique mejor el Cielo con la tierra. Del cuerpo de Teresa de Jesús ve la imaginación salir esos resplandores virginales que sólo despiden los corazones que fueron siempre castos, como si el alma quisiera reunir allí toda la luz de la pureza humana, para prestar digno homenaje á la pureza divina. El infinito se entreabre sobre la cabeza de aquel sér tan amado; óyense celestiales armonías, y representantes de todos los coros angélicos aparecen sosteniendo nubes de plata y de rosa, donde unas veces desciende Jesús hasta Teresa, y otras se remonta Teresa hasta Jesús. Y en aquella comunicación íntima, perenne, inefable, del Cielo con la tierra, de la gracia de Dios con la libertad del hombre, difusión misteriosa de la Divinidad, efusión suprema del alma santificada, el espíritu de Teresa se identifica, en cierto modo, con el entendimiento del Verbo, y se engolfa más y más en los piélagos del conocimiento y del amor. Así es como ha penetrado Teresa de Jesús en las maravillas de la naturaleza creada; así ha contemplado las eternas verdades en su inalterable

belleza; así diríase que se le han hecho patentes todos aquellos arcanos y todos aquellos cielos que se le revelaron á San Pablo en los raptos de su caridad para con Cristo, y en el ferviente celo de sus apostólicas empresas.

Porque, Señores Excmos., aunque descendamos de esto que el racionalista y el escéptico pueden mirar como giros y arranques de la fantasía excitada, á la desnuda realidad de las cosas, ahí están las obras de Teresa de Jesús para dar testimonio de su talento, testimonio de su saber, testimonio de sus intuiciones sobrehumanas. Las cuestiones de la Teología dogmática están tratadas en sus mejores producciones, y acaso más particularmente en el libro de su *Vida*, con una facilidad y una claridad que asombran, como quien pudiera dar lecciones de *Jerarquía* celeste á San Dionisio, de *Dios Uno* y *Trino* á San Atanasio, de *Gracia* á San Agustín. Ella se remonta á las regiones de la más alta Metafísica en el libro de *Las Moradas*, y las recorre como las recorrieron San Anselmo, Santo Tomás y San Buenaventura. La *Mística*, esa ciencia, propiedad exclusiva de los Santos, que jamás se podrá profundizar debidamente por un hombre sin virtudes, resplandece con deslumbradora luz en su *Camino de perfección*, y más aún en su *Libro sobre los Cánticos*, rico en purísimos afectos, y tan adecuado en su letra á la enamorada Expositora, que á no existir María, Madre de Dios, fuerza hubiera sido hacerla á ella una de sus espirituales he-

roinas. Teresa, en el libro de sus *Fundaciones*, supo hacer de la obediencia la virtud más amable, en un siglo alucinado con la libertad del pensamiento, y que minó por su base el principio de autoridad; y en él dejaba un monumento eterno de santidad y de sabiduría á las Ordenes religiosas, bajo cualesquiera reglas y condiciones que puedan instituirse. Teresa, en sus variadas é inestimables *Cartas*, revela al mundo una suma tal de discreción, de ingenio, de prudencia, que sólo es dado reunirla á quien sabe medir con rara exactitud la extensión del entendimiento ajeno, y sondear los abismos del corazón humano. Teresa en sus *Poesías*, elocuente suspiro de un alma que muere de sentimiento, porque no muere pronto para vivir con su Dios, nos recuerda las sentidas y elegantes composiciones de Boscán. Garcilaso y Cetina; y la hermosura, en fin, de su estilo, hizo que nuestros sabios declarasen que Teresa era comparable á los escritores del siglo de Augusto, y la contaran sin vacilar entre los clásicos de nuestro suelo.

Así es, Señores, que Teresa de Jesús es con frecuencia la consejera de los Príncipes, á quienes en vez de llevar, como los falsos reformadores, el incienso de la adulación ó la lisonja, les dirige la voz de la verdad y del deber. Así Teresa es consultada por muchos hombres notables de su tiempo; hombres que se llamaban Hurtados de Mendoza, Sotos, Canos, Ledesmas, Fuentidueñas, Covarrubias y Arias Montanos. Así sus escritos habían de

seducir á dos bellos talentos, separados entre sí por tres siglos de distancia, Fr. Luis de León y Jaime Balmes: el primero se representaba á veces á Teresa de Jesús asistida del Espíritu Divino; el segundo creía, al leerla, estudiar á Malebranche explanando su famoso sistema (1). Así Gregorio XV y Urbano XIII la llaman Doctora de la Iglesia, y es como tal solemnemente aclamada en Salamanca, y se guardan sus obras con profunda estima en las Bibliotecas de las naciones más cultas de Europa. Así, en fin, llega á sojuzgar el entendimiento y el corazón de sus mismos enemigos; y aquel célebre heresiarca de la ciudad de Brema, que abre con prevención de odio las páginas de la Doctora insigne para refutarlas, acaba por humillarse conmovido ante tanta luz y tan suave dulzura.

Todo esto, Señor Excmo., admira y arrebata; pero falta mucho todavía para completar el cuadro. Hasta este instante hemos visto resplandecer en Teresa de Jesús la verdadera ciencia del alma en dos de sus manifestaciones más sublimes, el conocimiento de sí mismo y la posesión adecuada de las cosas espirituales y celestes; pero la ciencia del alma es también el deseo, el afán continuo y vehementísimo de instruir otros entendimientos y de perfeccionar otros corazones; de difundir por todas

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. VIII, nota 12.

partes el bien y la sabiduría, para gloria del Señor y para el mejoramiento de los pueblos. Y bajo ese aspecto tan interesante y tan fecundo, yo afirmo sin vacilar que no hallaréis en parte alguna, ni maestro más inspirado ni apóstol más celoso que la Santa á quien dedicamos en este día nuestros fervientes cultos.

El error protestante había de establecer los más fatales divorcios en diversos órdenes de la vida; é introducido clandestinamente en nuestra patria, pugnaba por enseñorearse de ella. No era, sin embargo, fácil empresa lograrlo. Teníamos en España aquella multitud de sabios que formaron nuestra edad de oro de las ciencias y las letras, desde los hombres más notables del reinado de los Reyes Católicos hasta los Padres y los Doctores celebérrimos de Trento; hombres cuya ciencia era más pura que la de los sabios de Italia, porque no estaba inficionada con la literatura del Renacimiento. Teníamos, asimismo, un Rey de mano fuerte, de convicción profunda y de espíritu inflexible; aquel Felipe II, Príncipe que constantemente ha sido el fantasma de los pequeños, la pesadilla de los agitadores, y el blanco de la ira de todos los heterodoxos; mas al que yo contemplo como la figura colosal que fatiga á la historia con la pesadumbre de su grandeza, y á quien la España católica debería consagrar monumentos sin número; porque supo salvarla de la horrible guerra civil y religiosa; porque amaba y protegía las ciencias y

las artes; porque favorecía al pobre y al pueblo; porque era español de corazón, y sólo pensaba en el engrandecimiento y la primacía de su patria, á la cual dió, con San Quintín y Lepanto, glorias inmarcesibles. ¡Ah, Excmo. Señor, y lo que son las pasiones humanas! Los mismos hombres que condenan y calumnian la memoria de ese Rey, no han sentido rubor de enaltecer á Monarcas y á gobernantes realmente hipócritas, tiranos y usurpadores, que han entronizado la violencia, han vulnerado la justicia y han despojado á los débiles. Teníamos, finalmente, Señores, para defender el Catolicismo y salvar las sociedades, en aquella crisis suprema, á Teresa de Jesús, que dirigía al hijo y sucesor del Emperador Carlos V cartas henchidas de respetuoso afecto y de halagüeñas esperanzas para la Religión católica, y sobre cuya frente parecía haberse posado el genio que inspiró tantas veces á Isabel I de Castilla; ¿el genio he dicho? era mejor que eso, era la divina paloma que batía sus alas sobre la cabeza de la virgen, iluminando su entendimiento con resplandores celestiales.

Teresa escogió su terreno para presentar el combate, y su campo fué el claustro. Uno de los pretextos que había alegado el Protestantismo para llevar á cabo su emancipación insensata, era la necesidad de mejorar las costumbres; mas al paso que lanzaba el falso grito de *Reforma*, iba penetrando en todos los recintos donde vivía, al